

DOS PROPOSICIONES SOBRE LOS SITIOS DE ARTE RUPESTRE

Andrés Troncoso M.*

RESUMEN

Se entregan dos proposiciones teóricas para la comprensión de los sitios de arte rupestre. La primera de ellas se basa en entender al sitio como una arquitectura particular fundada en la *relacionalidad* de los bloques modificados con su espacio inmediatamente circundante. La segunda en conceptualizar al sitio como la materialización de prácticas específicas a un espacio que devienen en la realización de imágenes y que comienzan por el desplazamiento de las personas.

Palabras Claves: Arte rupestre, eEspacio, arquitectura, prácticas

ABSTRACT

Two propositions about rock art sites are exposed in this article. The first suggest understand rock art site as a particular architecture based in the relationality of marked rock and its surrounding space. The second think rock art site as a materialization of specific practices in the space, which produces images but begin with the spatial movement of people.

Key Words: Rock art, space, architecture, practices

Introducción

La necesaria relación entre teoría y método hace importante el mantener una reflexión sobre las unidades de trabajo con las que investigamos, pues de su formulación y conceptualización teórica se desprenden metodologías orientadas a la recuperación de datos y la transformación de ciertos atributos particulares de la realidad en fuentes de información. Es por ello, que en el fondo toda metodología requiere un componente reflexivo, pues a través de ella realizamos cortes de la realidad fenoménica, optando por documentar unos aspectos y relegar otros al silencio.

Por esta razón, en este trabajo entregamos dos reflexiones-proposiciones sobre los sitios de arte rupestre, explorando la naturaleza de éstos y, por ende, buscando nuevas preguntas que nos llevan a esbozar otros lineamientos metodológicos. Nos centramos en el sitio de arte rupestre, pues si bien la investigación puede efectuarse en diferentes niveles – bloque o micro, sitio o semimacro y la región o macro (Troncoso 2008), éste sigue siendo la unidad básica desde la que tendemos a trabajar los arqueólogos y la que en cierta medida ha concentrado la mayor cantidad de trabajos en el tema.

Ambas proposiciones descansan en una comprensión relacional del registro arqueológico, sea a través de una Arqueología Simétrica que pone en iguales condiciones lo que llamamos natural y cultural o, por medio de la inserción del arte rupestre dentro de relaciones particulares de las personas, el espacio y las prácticas sociales, conformando un espacio de tarea –*taskscape* (Ingold 1993).

* Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Av. Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago. E-mail: atroncos@uchile.cl

Proposiciones

Proposición 1: Los sitios de arte rupestre conforman una arquitectura imaginaria basada en la *relacionalidad* (*sensu* Ingold 2000) del espacio

Esta proposición parte de la siguiente interrogante, ¿sólo los bloques con imágenes definen un sitio de arte rupestre o hay algún otro constituyente?. Esta pregunta en principio podría parecer bastante trivial, más aún cuando hay una larga lista de trabajos que han propuesto que uno de los elementos esenciales para comprender la lógica del arte rupestre es su inserción en un espacio significativo, una geografía cultural que, de una u otra manera, es producida y reproducida por las imágenes plasmadas en las rocas (p.e. Bradley 1997, Chippindale y Nash 2004, Nash 2000).

Sin embargo, si revisamos detalladamente esa proposición vemos que ella hace referencia a dos niveles distintos de trabajo. Por un lado, el del sitio centrado en las rocas con representaciones rupestres y, por otro, el del entorno que lo rodea. En cierta medida esta proposición reproduce una visión dicotómica y asimétrica que separa cultura y naturaleza, definiendo un área netamente cultural (o culturizada) que es el sitio arqueológico y otra natural no transformada por la materialidad de lo cultural, que es todo el espacio que lo rodea y está fuera de él. Se impone un recorte en el registro espacial que establece una diferencia operativa que es similar a la que efectuamos con otros tipos de sitios arqueológicos, imponiéndose el primero sobre el segundo a manera de cuña, significando, organizando o estructurando el paisaje (Troncoso 2007).

Las implicancias metodológicas de esta proposición son dos. La necesidad del relevamiento de los bloques con arte rupestre en el sitio y el reconocimiento y relevamiento de elementos del entorno circundante que sean significativos para la comprensión espacial de esta materialidad (p.e. cercanía a fuentes de agua, relieves, visión de elementos significativos en el entorno, entre otros.).

Nuestra primera proposición intenta traspasar tales postulados al proponer que un sitio de arte rupestre es una totalidad más compleja que la sumatoria de los bloques con imágenes y el entorno que los rodea. Creemos que un sitio de arte rupestre materializa una arquitectura en el espacio que se basa sólo parcialmente en la modificación de ciertas rocas. Más bien, tal arquitectura es producto de la sintaxis entre bloques con grabados, bloques sin grabados, espacios con rocas, espacios sin rocas y formas del relieve interno del sitio.

Una arquitectura de los sitios de arte rupestre es una arquitectura dialogante, una realidad relacional entre lo que ha sido modificado por el ser humano a partir de su acción social y lo que no ha sido transformado. La eficacia simbólica y conformación espacial de estos sitios son producto de la necesaria oposición visual y sintaxis espacial entre rocas modificadas:rocas no-modificadas::áreas internas con imágenes:áreas internas sin imágenes.

Cada punto con representaciones dentro de un sitio lo entendemos como un nodo arquitectónico, un microespacio en el que la acción social se materializó en evidencia arqueológica particular sobre la superficie de una roca, mientras que los diferentes sectores internos del sitio son espacios internodales, áreas en las que la acción no se materializó en el tipo de evidencia aquí discutida. Al respecto, en estos espacios internodales la acción social pudo materializarse arqueológicamente en desechos materiales o simplemente en movimientos y desplazamiento de los cuerpos que no dejan necesariamente rastros en el registro.

Entender la lógica y significado de estos lugares específicos requiere, por tanto, reconocer la sintaxis espacial de todos estos elementos que enmarcan la acción a la vez que son producto de ella. Es a través de ésto que se materializa en cualquier sitio de arte rupestre juegos de espacios, estrategias visuales y experiencias corporales particulares (p.e. Lenssen Erz 2004, Troncoso en prensa).

Su implicancia metodológica es considerar como atributos significativos para la investigación en el nivel semi-macro espacial estos elementos no modificados por las comunidades prehispánicas, ideando formas de registro y relevamiento que puedan acercarnos al entendimiento y decodificación de esta arquitectura relacional. Estas estrategias podrán no sólo dar nuevas luces en el entendimiento de esta materialidad, sino también falsear la posibilidad de que este principio sea de aplicación homogénea a todos los casos de estudio.

Proposición 2: Los sitios de arte rupestre son materializaciones de prácticas sociales espaciales

Como han sugerido algunos autores, la realización de arte rupestre implica una serie de prácticas sociales que le entregan sentido y forman parte de la significación de esta materialidad (p.e. Lewis Williams 1995, Whitley *et al.* 1999). En efecto, la producción de las imágenes requiere una serie de actos técnicos sobre un soporte rocoso que se transforma a partir de esta labor y que ha permitido entrar a abordar los aspectos técnicos de su elaboración (Fiore 1999).

Sin embargo, la realización de arte rupestre implica una serie de prácticas sociales sobre las cuales se van estructurando los procesos sociales del habitar, dando un sentido e integración a este hacer de la vida social. Estos sitios, y su producción, las entendemos por tanto como procesos, momentos de interacción que van conformando algunas de las aristas de lo social, lo cultural y que inciden directamente en la reproducción de las comunidades (Pauketat 2000). En tal sentido, el reconocimiento de los sitios de arte rupestre como espacios de prácticas sociales va de la mano con una proposición de su importancia en los procesos de estructuración de la realidad social, pero sin que, a nuestro entender, implique necesariamente una noción de agencia centrada en el individuo, noción que reproduce la ideología de la conformación de los sujetos de la sociedad capitalista tardía tal como fue propuesta por Giddens (1995) (para una visión similar ver Pauketat 2000, 2001).

La primera práctica que requiere la realización de arte rupestre es el desplazamiento pautado de los cuerpos por el espacio desde un área de tarea (campamento, hogar, otros) hacia un punto particular en el que se realizan las figuras. Esta práctica social implica formas de utilización del espacio en términos de movimiento, sin que ello guarde relación necesaria con la demarcación del arte rupestre como rutas de tránsito; así como el establecimiento de determinadas formas de integración espacial del proceso productivo y de la significación de esta materialidad dentro del habitar de una determinada comunidad (asociación a espacios de ocupación, asociación a rutas de desplazamiento, ausencia de asociación a los dos anteriores, entre otros.)

Es sobre esta práctica inicial, continuada con los procesos técnicos de adquisición de los instrumentos de trabajo y producción de imágenes, que el arte rupestre construye una cierta forma de habitar en el espacio a partir de prácticas de inscripción visual.

En este proceso de desplazamiento y ocupación de espacios particulares a partir de la realización de arte rupestre, lo que les entrega la categoría de *taskscape* (Ingold 1993), se forma el registro arqueológico que abordamos hoy en día en los sitios. Pero, la producción de estos desplazamientos y prácticas socio-espaciales no son similares y homogéneas dentro del arte rupestre, sino que ellas pueden variar de un lugar a otro. Esta variación es la que pensamos queda materializada en las diferentes magnitudes de inscripción visual en los distintos sitios.

Las diferencias en las cantidades de imágenes y bloques modificados por sitio pueden ser en varios casos comprendidos como espacios con intensidad de prácticas sociales diferenciales que generan inscripciones espacio-materiales diversas. De esa manera, la modificación de mayor cantidad de bloques en un punto particular del espacio implica una reiteración de prácticas similares, generando una estructuración espacial particular basada en procesos históricos contingentes y la sedimentación de prácticas específicas y recurrentes en un mismo punto (Pred 1984).

Obviamente, esta ecuación no es en caso alguna mecánica y debe ser evaluada en los distintos casos de estudio, pero, independiente de cualquier consideración, las posibles divisiones entre sitios de arte rupestre con 2 bloques modificados y otros con 100 rocas alteradas responden a las dinámicas de estas prácticas de desplazamiento y estar-construir en el sitio, en las que las últimas entran en prácticas socio-espaciales de carácter más rutinizadas rutinarias que las primeras.

Es por tanto que a través de estas diferencias en las prácticas de habitar e inscribir el espacio se reproduce una diferenciación entre los distintos lugares que componen la geografía de una comunidad particular, las que quedan materializadas en el registro arqueológico.

Es también a través de la reiteración de estas prácticas en un espacio particular como ellas materializan y producen una temporalidad anclada en un punto particular del espacio que se erige como un condensador temporal-espacial de ciertos aspectos de la vida social (Gosden 1994). La materialización de esta temporalidad se da por los tiempos implicados en los desplazamientos hacia los sitios y la realización de imágenes sobre las rocas, así como por la presencia de representaciones previas sobre las rocas, sean éstas de dos días atrás o de decenas de años, que dan cuenta de previos estar-hacer y habitar tal lugar.

La reiteración de estas prácticas en un espacio y la sedimentación del tiempo en ella es la que posibilita que muchos sitios de arte rupestre materialicen un sentido de lugar en un punto del espacio, anclado en una *relacionalidad* necesaria entre prácticas, imaginarios y ritmos sociales.

La realización de excavaciones amplias en sitios de arte rupestre es la herramienta metodológica que posibilitará evaluar y discutir las prácticas específicas efectuadas en este lugar, reconociendo que éstas pueden variar notablemente entre períodos y comunidades, remitiéndose desde prácticas centradas en la producción de imágenes, hasta otras más complejas que incluyen diversidad de acciones y, por ende, un mayor registro arqueológico. Son estos diferentes tipos de prácticas ocurridas en el sitio las que también permiten discutir como se integra el arte rupestre en los procesos del habitar de las comunidades humanas y la lógica que guía a esta materialidad.

A manera de conclusión

Las dos proposiciones entregadas parten del reconocimiento de la naturaleza espacial del arte rupestre y su inserción en las formas de habitar de las comunidades, por lo que la inclusión de estos aspectos de la cotidianidad de las imágenes permiten establecer comparaciones interculturales con el fin de conocer y diferenciar distintas formas de habitar de los grupos humanos, así como la articulación de geografías culturales diferentes a partir de la conformación de distintos sentidos de lugar.

A través de ellas, creemos que es factible lograr una integración y articulación de esta materialidad con el restante registro arqueológico desde una perspectiva dinámica que cubra los diferentes ámbitos de la reproducción social y formas de ser-en-el-mundo de las comunidades. Para ello, se requiere abordar el arte rupestre con la aplicación de métodos de trabajo que posibiliten dar cuenta, o bien de esta arquitectura imaginaria, o bien de las prácticas efectuadas en el lugar. Es así como, mientras para el primer caso hemos de contar con relevamientos que incluyan aspectos no siempre considerados en las investigaciones, las segundas comprenden excavaciones sistemáticas en las que la presencia o ausencia de material cultural no se enfocan desde una perspectiva histórica-cultural, sino más bien se entienden como resultados de la naturaleza de las prácticas acaecidas en tal lugar.

Sabemos que estas proposiciones son discutibles y, lo más interesante, evaluables en el registro arqueológico, por lo que esperamos que ellas puedan aportar, de una u otra manera, con otras ideas para abordar y cuestionar a esta materialidad tan particular y que por tanto tiempo ha estado alejado de las discusiones sobre la prehistoria nacional.

Agradecimientos: A Donald Jackson por la lectura crítica y sus comentarios al borrador de este artículo. Al Museo Chileno de Arte Precolombino, patrocinador del proyecto Fondecyt 1040153 en el que se inserta este trabajo.

REFERENCIAS CITADAS

- Bradley, R.
1997. *Rock art and the prehistory of Atlantic Europe: signing the land*. Routledge, Londres.
- Chippindale, C. y G. Nash (eds.).
2004. *The figured landscapes of rock art: looking at pictures in place*. Cambridge University Press.
- Fiore, D.
1999. Cuestiones teórico-metodológicas e implicancias arqueológicas en la identificación de artefactos utilizados en la producción de grabados rupestres. *Relaciones XXIV*: 277-291.
- Giddens, A.
1995. *La constitución de la sociedad, bases para una teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Gosden, C.
1994. *Social Being and time*. Routledge, Londres.
- Ingold, T.
1993. The temporality of landscape. *World Archaeology* 25: 152-174.
- Ingold, T.
2000. *The perception of environment*. Routledge, Londres.
- Lenzsen-Erz, T.
2004. The landscape setting of rock art painting sites in the Brandberg (Namibia): infrastructure, Gestaltung, use and meaning. *The figured landscapes of rock art: looking at pictures in place*. Editado por C. Chippindale y G. Nash, pp: 131-150. Cambridge University Press.
- Lewis Williams, J.D.
1995. Modelling the production and consumption of rock art. *South African Archaeological Bulletin* 162: 143-154.
- Nash, G (ed.).
2000. *Signifying place and space, world perspectives of rock art and landscape*. BAR, Oxford.
- Pauketat, T.
2000. The tragedy of commoners. *Agency in Archaeology*. Editado por M.A. Dobres y J. Robb, pp: 113-128. Routledge, Londres.
- Pauketat, T.
2001. Practice and history in Archaeology. *Anthropological Theory* 1: 73-98.

Pred, A.

1984. Place as historically contingent process, structuration and the time-geography of becoming places. *Annals of the Association of American Geographers* 74(2): 279-297.

Troncoso, A.

2007. Beyond materiality, sintaxis and relationality of rock art and some of the things we call nature. *Journal of Iberian Archaeology* 9/10: 231-244.

Troncoso, A.

2008. Spatial syntax of rock art. *Rock Art Research* 25(1): 3-11.. En prensa.

Troncoso, A.

En prensa. Arquitectura Imaginaria y ritualidad del movimiento, arte rupestre y espacio en el cerro Paidahuen, Chile central. *Sed non satiata II, teoría social en la Arqueologíaacercamientos sociales en la arqueología Latinoamericana Latinoamericana*. Editado por F. Acuto y A. Zarankin. Colección Con-textos Humanos, Universidad de Catamarca, Argentina Universidad de Los Andes, Colombia..

Whitley, D., R. Dorn, J. Simon, R. Rechtman y T. Whitley.

1999. Sally's rockshelter and the archaeology of vision quest. *Cambridge Archaeological Journal* 9: 221-247.